

visión pueda desempeñar el papel de la fortuna, y vana es la empresa de quien presume abarcar las causas y consecuencias, y conducir por la mano el desarrollo de su obra: vana sobre todo en las deliberaciones de la guerra. Jamás hubo mayor circunspección y prudencia militar de las que se ven á veces entre nosotros; ¿será la causa que se tema extraviarse en el camino, reservándose para la catástrofe de ese juego? Más diré: nuestra prudencia misma y nuestra consultación siguen casi siempre la dirección de lo imprevisto: mi voluntad y mi discurso se remueven ya de un lado ya de otro, y hay muchos de estos movimientos que se gobiernan sin mi concurso; mi razón experimenta impulsiones y agitaciones diarias y casuales:

Vertuntur species animorum, et pectora motus  
Nunc alios, alios, dum nubila ventus agebat,  
Concipiunt<sup>1</sup>.

Considérese quiénes son los más pudientes en las ciudades, y quiénes los que mejor cumplen con su misión; se verá ordinariamente que son los menos hábiles. Sucedió á las mujerzuelas, á las criaturas y á los tontos el mandar grandes Estados al igual de los principes más capaces; y acierta mejor (dice Tucídides) la gente ordinaria que la sutil. Los efectos del buen sino achacámoslos á prudencia;

Ut quisque fortuna utitur,  
Ita præcellet; atque exinde sapere illum omnes dicimus<sup>2</sup>:

por donde hablo cuerdamente al decir que en todas las cosas los acontecimientos son testimonios flacos de nuestro valer y capacidad.

Decía, pues, que no basta ver á un hombre en un lugar relevante: aun cuando tres días antes le hayamos conocido como sujeto de poca monta, por nuestras apreciaciones se desliza luego una imagen de grandeza y consumada habilidad; y nos persuadimos de que al medrar en posición y en crédito, por hombre de mérito se le tiene. Juzgamos de él no conforme á su valer, sino á la manera como consideramos las fichas, según la prerrogativa de su rango. Mas que la fortuna cambie, que caiga y vaya á mezclarse con las masas, y entonces todos se inquietan, pasmados, de la causa que le habia izado á semejante altura « ¿Es el mismo? se dice. ¿No era antes más aventajado? ¿Los principes se conforman con tan poco? ¡A la verdad, estábamos en buenas manos! » Cosas son éstas que yo he visto en mi tiempo con frecuencia: hasta los personajes notables de las comedias nos impresionan en algún modo, y nos engañan. Aquello que yo mismo adoro en los monarcas es la multi-

1. La disposición del alma cambia constantemente; cuando una pasión la agita, la mutación del viento hará que otra la arrastre. VIRGILIO, *Georg.*, I, 420.  
2. Si los eleváis por el favor de la fortuna, todos alabarán vuestra habilidad. PLAUTO, *Pseudol.*, II, 3, 13.

tud de sus adoradores: toda inclinación y sumisión les es debida, salvo la del entendimiento; mi razón no está hecha á doblegarse, son mis rodillas las que se humillan. Solicitado el parecer de Melancio sobre la tragedia de Dionisio: « No la he visto, contestó, tan alborotado es su lenguaje. » De la propia suerte, casi todos los que juzgan las conversaciones de los grandes debieran decir: « Yo no he oído lo que dijo, tan impregnado estaba de gravedad, de grandeza y majestad. » Antistenes persuadió á los atenienses para que ordenaran que sus borricos fueran empleados, lo mismo que sus caballos, en el trabajo de la tierra, á lo cual se le repuso que esos animales no habian nacido para tal servicio: « Es lo mismo, replicó el filósofo; la cosa no ha menester sino de vuestra ordenanza, pues los hombres más incapaces á quienes encomendáis la dirección de vuestras guerras no dejan de trocarse al punto en dignísimos porque en ello los empleáis »; á lo cual mira la costumbre de tantos pueblos que canonizan al de entre ellos elegido, y no se contentan con honrarle, sino que además le adoran. Los de Méjico, luego de terminadas las ceremonias de la proclamación, no se atreven ya á mirar á la cara de su soberano, cual si le hubieran deificado por su realeza; entre los juramentos que le hacen proferir, á fin de que mantenga la religión, leyes y libertades, y de que sea valiente, justo y bondadoso, jura también que hará al sol seguir su curso con su claridad acostumbrada, que las nubes se descargarán en tiempo oportuno, que los ríos seguirán su curso y que la tierra producirá todas las cosas necesarias á su pueblo.

Yo soy por naturaleza opuesto á esta común manera de ser; y más desconfío de la capacidad cuando la veo acompañada de grandeza, de fortuna y recomendación popular: precisamos considerar de cuánta ventaja sea el hablar á su hora, el escoger el verdadero punto de vista, el interrumpir la conversación ó cambiarla con autoridad magistral, el defenderse contra la oposición ajena con un movimiento de cabeza, con una sonrisa, con el silencio, ante un concurso que se estremece de puro respeto y reverencia. Un hombre de monstruosa fortuna que interponía su parecer en una conversación ligera llevada al desgaire en su mesa, comenzaba de este modo sus reparos: « Quien en contrario se exprese no puede ser más que un embustero ó un ignorante... » Seguid tan puntiaguda filosofía con un puñal en la mano.

He aquí otra advertencia de que alcanzo yo gran provecho: en las disputas y conversaciones todas las palabras que nos parecen buenas no deben incontinenti ser aceptadas. La mayor parte de los hombres son ricos en capacidad extraña; puede muy bien acontecer á tal individuo proferir un rasgo feliz, una buena respuesta ó una recta senten-

cia, y llevarlas adelante desconociendo su fuerza. Que no se es poseedor de todo lo que prestado se recibe podré quizás comprobarlo con mis propios recursos. No hay que ceder al punto por verdad ó belleza que la proposición encierre; hay que combatirla de intento ó echarse atrás, so pretexto de no entenderla, para tantear por todas partes de qué suerte habita en el que la emite; y aun así y todo, puede ocurrir que nos aferremos, ayudando al adversario más allá de sus alcances, y que le demos luz. Antaño empleé yo la réplica movido por la necesidad y aprieto del combate, que fueron más allá de mi intención y de mi esperanza: suministrábalas en número y acogíaselas en ponderación. De la propia suerte que cuando yo debato contra un hombre vigoroso me complazco en anticipar sus conclusiones y le allano la tarea de interpretarse, procurando prevenir su imaginación, naciente é imperfecta aun (el orden y la pertinencia de su entendimiento me advierten y amenazan de lejos), con aquellos otros, inconscientes, hago todo lo contrario: nada hay que entender sino lo que materialmente nos dicen, ni nada hay que presuponer. Si juzgan en términos generales, diciendo: « Esto es bueno; aquello no lo es », porque los encuentran á la mano, ved si es la casualidad la que los encontró en vez de ellos: que circunscriban y restrinjan un poco su sentencia explicando el por qué y el cómo. Esos juicios universales, que tan ordinariamente se emplean, nada dicen; son propios de gustos que saludan á todo un pueblo en masa y al barullo: los que de él tienen conocimiento verdadero le saludan y advierten en número y especificando; mas esto es una empresa arriesgada: por donde yo he visto, con mayor frecuencia que á diario, acontecer que los espíritus débilmente constituidos, queriendo alardear de ingeniosos en el juicio que les sugiere la lectura de alguna obra, procurando señalar la belleza culminante de la misma, detienen su admiración con tan desdichado tino, que en lugar de enseñarnos la excelencia del autor nos muestran su propia ignorancia. Esta exclamación es de efecto seguro: « Eso es hermoso », habiendo oído una página entera de Virgilio. Por ahí se salvan los diestros; mas la empresa de seguirle por lo menudo y en detalle, con juicio expreso y escogido; el querer señalar por dónde un buen autor sobresale, pesando las palabras, las frases, las invenciones y sus diversos méritos, uno después de otro, ¡que si quieres! *Videntium est, non modo quid quisque loquatur, sed etiam quid quisque sentiat, atque etiam qua de causa quisque sentiat*<sup>1</sup>. Diariamente oigo proferir á los tontos palabras que no lo son; dicen una cosa buena: sepamos hasta dónde la

1. No hasta oír lo que todos dicen, hay que examinar además lo que piensa cada cual y por qué lo piensa. CICERÓN, de *Officiis*, I, 41.

penetran: veamos por qué lado la agarraron. Nosotros los ayudamos á emplear esa bella expresión y esa razón hermosa, que no poseen sino que simplemente almacenan: acaso las produjeron por casualidad y á tientas: nosotros se las acreditamos y avaloramos; les prestamos nuestra mano. ¿y para qué? Nada os lo agradecen, y con vuestra ayuda se truecan en más ineptos: no los secundéis; dejadlos que caminen solos; manejarán el principio que soltaron cual gentes que tienen miedo de escaldarse; no se atreven á cambiarlo de lugar, ni á presentarlo bajo distinto aspecto ni á profundizarlo: removedlo por poco que sea, y les escapa; lo abandonarán fuerte y hermoso como es: son armas hermosas, pero torpemente empuñadas. ¡Cuántas veces he visto de ello la experiencia! En conclusión, si llegáis á iluminarlos y á confirmarlos, incontinenti atrapan y hurtan la ventaja de vuestra interpretación: « Eso es lo que yo quise decir: he ahí cabalmente cuál era mi concepción; si yo no la expresé así, fué por culpa de mi lengua. » Soplad, y veréis lo que queda. Es necesario echar mano hasta de la malicia misma para corregir esa torpe altivez. El principio de Hegesias, según el cual « no hay que odiar ni acusar, sino instruir », es razonable en otros respectos: aquí es injusto é inhumano el socorrer y enderezar á quien nada puede hacer con semejantes beneficios y á quien con ellos vale menos. Yo me complazco en dejarlos encenagarse y atascarse más todavía de lo que ya lo están, y tan adentro, si es posible, que al fin lleguen á reconocerse.

La torpeza y el trastornamiento de los sentidos no son cosas que se curan con simples advertencias; podemos en verdad decir de esta enmienda lo que Ciro respondió á quien le impulsaba para que alentase á su ejército en el comienzo de una batalla, ó sea: « que los hombres no se truecan en valerosos y belicosos instantáneamente, por los efectos de una buena arenga; como tampoco convierte á nadie en músico al oír una buena canción ». Es necesario el aprendizaje previo alimentado por educación dilatada y constante. Este cuidado lo debemos á los nuestros, y lo mismo la asiduidad en la corrección é instrucción, mas ir á sermonear al primer transeunte, ó regentar la ignorancia ó ineptitud del primero con quien topamos es costumbre que yo detesto. Rara vez procedo yo de esa suerte, ni siquiera en las conversaciones en que tomo parte; prefiero abandonarlo todo por completo á venir á dar en esas instrucciones atrasadas y magistrales; mi humor tampoco se acomoda á hablar ni á escribir para uso de los principiantes. En las cosas que se dicen en común ó entre extraños, por falsas y absurdas que yo las juzgue, jamás me pongo de por medio como enderezador, ni de palabra ni con ningún signo.

Por lo demás, nada me despecha tanto en la torpeza como el verla complacerse más de lo que ninguna razón es

capaz de hacerlo sensatamente. Es desdicha que la prudencia os impida satisfaceros y contentaros de vosotros mismos, y que os rechace siempre malcontento y temeroso, donde mismo la testarudez y temeridad hinchén á sus propios huéspedes de seguridad y regocijo. Corresponde á los más estultos el mirar á los demás hombres por cima del hombro retornando siempre del combate hinchados de gloria y satisfacción; y casi siempre la temeridad de lenguaje y la alegría del semblante los hace salir gananciosos para con la asistencia, que es comunmente débil é incapaz de bien juzgar y discernir las ventajas verdaderas. La obstinación y el ardor de la opinión son las más seguras muestras de estupidez: ¿hay nada tan resuelto, desdenoso, contemplativo, grave y serio como el asno?

¿Por qué no mezclar en nuestras conversaciones y comunicaciones los rasgos puntiagudos y entrecortados que la alegría y la privanza introducen entre amigos, chancando, y chanceándose grata y vivamente los unos de los otros? Ejercicio al cual mi alegría nativa me hace bastante apto; y si no es tan tendido y serio como el otro de que acabo de hablar, no es menos agudo ni ingenioso, ni tampoco menos provechoso, como Licurgo opinaba. Por lo que á mí toca, yo llevo á los coloquios mayor libertad que gracia, y me auxilia más bien el acaso que la invención; en el soportar soy cumplido, pues resisto el desquite, no solamente rudo, sino también indiscreto, sin molestarme para nada; y á la carga que se me viene encima, si no tengo con qué reponer en el acto bruscamente, tampoco voy entreteniéndome en reponer de un modo pesado y enfadoso, rayano en la testarudez; la dejo pasar, y agachando alegremente las orejas remito el hallar á mano mi razón para una hora más propicia: no es buen comerciante quien siempre sale ganancioso. La mayor parte de los hombres cambian de semblante y de voz en el punto y hora en que la fuerza les falta; y á causa de la cólera importuna, en lugar de vengarse, acusan su debilidad al par que su impaciencia. En estos desahogos pellizcamos á veces las secretas cuerdas de nuestras imperfecciones, las cuales aun permaneciendo en calma no podemos tocar sin consecuencias, y así entreadvertimos útilmente al prójimo de nuestras imperfecciones.

Hay otros juegos de manos, rudos é indiscretos, á la francesa, que yo odio mortalmente; mi epidermis es sensible y delicada. Durante el transcurso de mis días vi enterrar á causa de ellos á dos príncipes de nuestra sangre real. Es de pésimo gusto pelearse cuando se loquea.

Por lo demás, cuando yo quiero juzgar de alguien preguntóle cuánto de sí mismo se contenta: hasta dónde su hablar ó su espíritu le placen. Quiero evitar esas hermosas excusas que dicen: « Lo hice distrayéndome :

Ablatum mediis opus est incubidus istud<sup>1</sup>;

No me costó una hora siquiera; después no volví á poner en ello mano. » Así que, yo digo: dejemos todas esas fórmulas; otorgadme una que os represente por entero, por la cual os plazca ser medidos, y luego ¿cuál es lo mejor que reconocéis en vuestra obra? ¿Es esta parte ó la otra? La gracia, el asunto, la invención, el juicio ó la ciencia? Pues ordinariamente advierto que tanto se yerra al juzgar de la propia labor como al aquilatar la ajena, no sólo por la pasión que en el juicio va mezclada, sino también por carencia de capacidad, conocimiento y costumbre de discernir: la obra por su propia virtud y fortuna puede secundar al obrero y llevarle más allá de su invención y conocimientos. En cuanto á mí, no juzgo del valor de otra tarea con menos precisión que de la mía, y coloco los *Ensayos*, ya bajos ya altos, por manera dudosa é inconstante. Hay algunos libros útiles en razón de las cosas de que tratan, de los cuales el autor no alcanza recomendación ninguna; y hay buenos libros, como igualmente buenas obras, de que el obrero tiene que avergonzarse. Si yo discurriera sobre la naturaleza de nuestros banquetes y de nuestros vestidos (y escribiese malamente); si publicase los edictos de mi tiempo y las cartas de los príncipes que llegan á manos del público; si hiciera compendio de un buen libro (y toda abreviación de un libro bueno es un compendio torpe) el cual se hubiere perdido, ó alguna cosa semejante, la posteridad alcanzaría singular provecho de tales composiciones; pero yo ¿qué otro honor sino el de mi buena fortuna? Buena parte de los libros famosos son de esta condición.

Cuando lei á Felipe de Comines hace algunos años (autor excelente en verdad), advertí esta frase, considerándola como nada vulgar: « Que precisa guardarse de prestar á su dueño un tan grande servio el cual le imposibilite de encontrar la debida recompensa », debí encomiar la invención, no á quien la escribió, pues la encontré en Tácito poco ha: *Beneficia eo usque læta sunt, dum videntur exsolvi posse; ubi multum antevenerere, pro gratia odium redditur*<sup>2</sup>; y en Séneca: *Nam qui putat esse turpe non reddere, non vult esse cui feddat*<sup>3</sup>; y Cicerón con consistencia menor: *Qui se non putat satisfacere, amicus esse nullo modo potest*<sup>4</sup>. El asunto, supuesta su naturaleza,

1. Esta obra, todavía imperfecta, ha sido retirada del telar. Ovívio, *Trist.*, 1, 6, 29.

2. Los beneficios son gratos mientras pueden ser remunerados, mas si sobrepasan nuestros medios de reconocimiento, nos aparecen odiosos. Tácito, *Annal.*, IV, 18.

3. Porque quien como vergonzoso considera el no devolver, quisiera que nadie hubiera á quien estar obligado. Séneca, *Epist.* 81.

4. Quien cree haber pagado vuestras obligaciones no podrá ser vuestro amigo. Q. Cicerón, *de Petitione Consulatus*, c. 9.

puede hacer á un hombre erudito y de feliz memoria; mas para juzgar en él las partes que mejor le pertenecen, que son al par las más dignas (la fuerza y la belleza de su alma), necesario es saber lo que es suyo y lo que no lo es, y en esto último cuánto se le debe en lo tocante á la elección, disposición, ornamento y lenguaje que proveyó. ¿Qué decir si tomó prestada la materia y estropeó la forma, como acontece con frecuencia! Nosotros que mantuvimos escaso comercio con los libros encontramos con este impedimento: cuando vemos alguna invención hermosa en un nuevo poeta, ó algún argumento poderoso en un predicador, no nos atrevemos, sin embargo, á alabarlos por ello antes de que hayamos sido instruidos por algún erudito de si ambas cosas les fueron propias ó extrañas; hasta saberlo, yo me mantengo siempre en guardia.

He recorrido de cabo á rabo las historias de Tácito, cosa que me acontece rara vez. Hace veinte años que apenas tengo libro en mis manos una hora seguida. No conozco autor que sepa mezclar á un « registro público » de las cosas tantas consideraciones de costumbres é inclinaciones particulares, y entiendo lo contrario de lo que él imaginaba, ó sea que, habiendo de seguir especialmente las vidas de los emperadores de su tiempo, tan extremas y diversas en toda suerte de formas, tantas notables acciones como principalmente la crueldad de aquéllos ocasionaba en sus súbditos, tenía á su disposición un asunto más fuerte y atrayente que considerar y narrar, que si fueran batallas ó revueltas lo que historiase: de tal suerte que á veces le encuentro asaz conciso, corriendo por cima de hermosas muertes cual si temiera cansarnos con su multiplicación constante y dilatada. Esta manera de historiar es con mucho la más útil: las agitaciones públicas dependen más del acaso, las privadas de nosotros. Hay en Tácito más discernimiento que deducción histórica, y más preceptos que narraciones; mejor que un libro para leer, es un libro para estudiar y aprender. Tan lleno está de sentencias que por todas partes se encuentra henchido de ellas: es un semillero de discursos morales y políticos para ornamento y provisión de aquellos que ocupan algún rango en el manejo del mundo. Aboga siempre con razones sólidas y vigorosas, de manera sutil y puntiaguda, según el estilo afectado de su siglo. Gustaban tanto los autores inflarse por aquel tiempo, que donde hallaban las cosas desprovistas de sutileza, se la procuraban por medio de las palabras. Su manera de escribir se asemeja no poco á la de Séneca: Tácito me parece más sustancioso; Séneca más agudo. Sus escritos son más apropiados para un pueblo revuelto y enfermo, como el nuestro al presente: frecuentemente diría-se que nos pinta y que nos pellizca.

Los que dudan de su buena fe acusan de sobra su mal-

querencia. Sus opiniones son sanas y se coloca del lado del buen partido en los negocios romanos. Un poco me contraria, sin embargo, el que haya juzgado á Pompeyo con severidad mayor de la que envuelve el parecer de las gentes honradas que le trataron y con él vivieron: el que le estimara en todo semejante á Mario y Sila, aparte del carácter, que consideraba menos abierto. Sus intenciones no le eximieron de la ambición que le animaba en el gobierno de los negocios, ni tampoco de la venganza; y hasta sus mismos amigos temieron que la victoria le hubiera arrastrado más allá de los límites de la razón, pero no hasta una medida tan desenfundada: nada hay en su vida que nos haya amenazado de una tan expresa crueldad y tiranía. No hay que contrapesar la sospecha con la evidencia, de suerte que yo no participo de esa creencia. Que las narraciones de Tácito sean ingenuas y rectas podrá quizás ponerse en tela de juicio, pues no se aplican siempre con exactitud á las conclusiones de los suyos, los cuales sigue conforme á la pendiente que tomara, á veces más allá de la materia que nos muestra, la cual no presenta bajo un solo aspecto. No tiene necesidad de excusa por haber aprobado la religión de su época, según las leyes que le mandaban, é ignorado la verdadera: esto es su desdicha, mas no su defecto.

He considerado principalmente su juicio, y en todo él no estoy muy al cabo; como tampoco comprendo estas palabras de la carta que Tiberio, viejo y enfermo, enviaba á los senadores: « ¿Qué os escribiré yo, señores, ó cómo os escribiré, ó qué no os escribiré en este tiempo? Los dioses y las diosas me pierden peor que si yo me sintiera todos los días perecer, sin embargo yo no lo sé »; no advierto por qué las aplica con certeza tanta á un pujante remordimiento que atormentaba la conciencia del emperador; al menos cuando tenía su libro en la mano no lo eché de ver.

También me pareció algo cobarde que necesitando decir que había ejercido cierto honroso cargo en Roma, vaya excusándose de que no es por vana ostentación como lo dice; este rasgo se me figura de baja estofa para un alma de su temple, pues el no atreverse á hablar en redondo de sí mismo acusa alguna falta de ánimo: un juicio rígido y altivo, que discierne sana y seguramente, usa á manos llenas de sus propios ejemplos personales como de los extraños, y testimonia francamente de sí mismo cual de un tercero. Preciso es pasar por cima de estos preceptos vulgares de la civilidad en beneficio de la libertad y la verdad. Yo me atrevo no solamente á hablar de mí mismo, sino á hablar de mí mismo solamente; me extravió cuando hablo de otra cosa, apartándome de mi asunto. No me estimo por manera tan indiscreta, ni estoy tan atado y mezclado á mí mismo que no pueda distinguirme y considerarme á un

lado como á un vecino ó como á un árbol: lo mismo se incurre en defecto no viendo hasta dónde se vale, que diciendo más de lo que se ve. Mayor amor debemos á Dios que á nosotros mismos y le conocemos menos, á pesar de lo cual hablamos de él á nuestro sabor.

Si los escritos de Tácito nos muestran algún tanto su condición, debemos creer que era un grave personaje, animoso y lleno de rectitud; no de una virtud supersticiosa, sino filosófica y generosa. Podrá encontrarsele arriesgado en sus testimonios, como cuando asegura que llevando un soldado un haz de leña, sus manos se pusieron rígidas de frío y quedaron pegadas y muertas, separándose de sus brazos. Acostumbro en tales asertos á inclinarme bajo la autoridad de tan respetables testimonios.

Lo que cuenta de que Vespasiano por merced del Dios Serapis curó en Alejandria á una mujer ciega untándola los ojos con su saliva, y no recuerdo qué otro milagro, hácelo por ejemplo y deber de todos los buenos historiadores, quienes registran los acontecimientos de importancia: entre los sucedidos públicos figuran también los rumores y opiniones populares. Es su papel relatar las creencias comunes, no el enderezarlas: esta parte toca á los teólogos y á los filósofos, directores de las conciencias. Por eso prudentísimamente éste su compañero, grande como él, dijo: *Equidem plura transcribo, quam credo; nam nec affirmare sustineo, de quibus dubito, nec subducere, quæ accipi*: y este otro: *Hæc neque affirmare, neque refellere opere pretium est... famæ rerum standum est*<sup>2</sup>. Escribiendo en un siglo en que la creencia en los prodigios comenzaba á declinar, dice, sin embargo, que no quiere dejar de insertarla en sus anales, ni menospreciar una cosa recibida por tantas gentes de bien y con reverencia tan grande vista de la antigüedad: muy bien dicho. Que los historiadores nos suministren la historia, más según la reciben que como la consideran. Yo que soy soberano de la materia que trato y que á nadie debo dar cuentas, no me creo por ello en todos los respectos: arriesgo á veces caprichos de mi espíritu, de los cuales desconfío, y ciertas finezas verbales que me hacen sacudir las orejas; pero las dejo correr al acaso. Yo veo que algunos se dignifican con tales cosas: no me incumbe sólo el juzgarlos. Preséntome en pie y tendido; de frente y de espaldas, á derecha é izquierda, y en todas mis actitudes naturales. Los espíritus, hasta aquellos mismos que son iguales en consistencia, no lo son siempre en aplicación y gusto.

1. En verdad digo más de lo que creo, mas si no pretendo afirmar las cosas de que dudo, tampoco suprimo aquellas de que estoy muy cierto. Quinto CURCIO, IX, 1.

2. No debemos inquietarnos por afirmar ó negar estas cosas; remitámonos lo que la fama declara. Tito Livio, I, *Præfat.*, y VIII, 6.

No todos pueden hablar de sí mismos  
hoy que sabrán hacer.

Esto es cuanto la memoria me sugiere en conjunto y de un modo bastante incierto; todos los juicios generales son descosidos é imperfectos.

## CAPÍTULO IX

## DE LA VANIDAD

Acaso no haya ninguna más expresa que la de escribir tan sin fundamento. Aquello que Dios tan maravillosamente nos expresó<sup>1</sup> debería ser cuidadosa y continuamente meditado por las gentes de entendimiento. ¿Quién no ve que yo tomé un camino por el cual sin interrupción ni fatiga marcharé mientras haya tinta y papel en el mundo? Como no puedo trazar el registro de mi vida por mis acciones, colócalas sobrado bajas la fortuna, enderézolo de mis fantasías. Un gentilombre vi, sin embargo, que no comunicaba de su vida sino las operaciones de su vientre: veíase en su casa, por su orden, toda una batería de bacines, de siete ú ocho días, que formaban el asunto de su estudio y sus discursos; todo otro tema le hedía. Aquí se muestran algo más civilmente los excrementos de un viejo espíritu, á veces duro, suelto otras y siempre indigesto. ¿Y cuándo me veré yo al cabo en el representar una tan continua agitación y mutación de mis pensamientos, en cualquier punto que se fijen, puesto que Diomedes llenó seis mil libros con el solo asunto de la gramática? ¿Qué no debe producir la charla, puesto que el tartamudeo y desatamiento de la lengua ahogaron al mundo con una tan horrenda carga de volúmenes? ¿Tantas palabras por las palabras solamente! ¡Oh Pitágoras, que no conjurases tú esa tormenta! Acusábase á un Galba del tiempo pasado porque vivía ociosamente, y respondió que cada cual debía dar explicaciones de sus actos, no de su reposo. Equivocábase, pues la justicia debe tener conocimiento, y animadversión también, de los que huelgan.

Mas debiera haber en las leyes algún poder coercitivo contra los escritores inútiles é ineptos, como lo hay contra los vagabundos y los holgazanes. Arrancariase así de las manos de nuestro pueblo á mi y á cien otros. Y es bien serio lo que digo; la manía de escribir parece ser como síntoma de un siglo desbordado: ¿cuándo escribimos tanto como desde que nacemos en perpetuo trastorno? Ni los romanos que en la época de su ruina. Aparte de que, el refinamiento de los espíritus no constituye la prudencia de los mismos en una república; esa ocupación ociosa emana de que cada cual se dedica flojamente á los deberes de su cargo, y se desborda. La corrupción del siglo se evidencia

1. Vanitas vanitatum, et omnia vanitas. ECCLES. I, 2.